



Biblioteca del  
BICENTENARIO

Angélica Palma  
Contando cuentos

Ilustraciones de Christian Ayuni



  
sm



Angélica Palma

# Contando cuentos

Ilustraciones de Christian Ayuni





**fundación sm**

**La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.**

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

**[www.fundacion-sm.org](http://www.fundacion-sm.org)**

*Contando cuentos*

Primera edición: noviembre de 2019

Dirección editorial: Carlos O. Aburto Cotrina

Coordinación editorial: Rubén Silva

Cuidado de la edición, glosario y cronología: David Abanto

Jefa de arte: Laura Escobedo

Diseño y diagramación: Danitza Navarro

Ilustraciones: Christian Ayuni

Fotografía de Angélica Palma cedida

por el Repositorio Institucional de la PUCP -  
Archivo Histórico del Instituto Riva-Agüero.

© de esta edición: Ediciones SM S. A. C.

Micaela Bastidas 195, San Isidro, Lima, Perú

Teléfono: (51 1) 614 8900

[contacto@sm.com.pe](mailto:contacto@sm.com.pe)

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por Cecosami S. A.

Calle 3, Mz E, Lote 11,

Urb. Sta. Raquel, Ate Vitarte,

Lima 3, Perú

Diciembre 2019

Tiraje: 1500 ejemplares

ISBN: 978-612-316-929-9

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú: 2019-16774

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

*A los niños de mi idioma.*



Este era un señor de cabellos blancos y barba hasta el pecho; parecía un emperador viejo o un profeta como los de los cuadros de Historia Santa; referían que había viajado mucho, que había escrito libros y que sabía infinitas cosas; como era anciano, ya no viajaba ni escribía, pero contaba cuentos. A mediodía, y a veces también en la tardecita, salía de su casa, apoyado en un grueso bastón, encaminaba sus pasos lentos a la playa, y allí se arrellenaba en su butacón de mimbre con cojines de **cretona**, bajo la sombra de un toldo rayado. Rodeábanlo sus nietos —que eran muchos— y los amiguitos de sus nietos —que eran aún más— pidiéndole cuentos. Complaciente narraba el anciano y mezclaba en la narración bromas y **pullas** a sus oyentes, que provocaban grande **algazara**.

Cuando veía rondar por allí chicuelos desarrapados, los llamaba a formar parte del **corro**. Si observaba que eran recibidos con despego, él, que nunca se enfadaba, se ponía furioso: «Oye, señoritingo —gritaba— o tú, madamita de la media almendra, si no te gusta tu vecino, te largas y **la ida del humo**; lo que es este no se va;

pues hombre, ¡no faltaba más!». Y por eso, rodeando al viejo de las barbas blancas y junto a los niños que por chapotear en la orilla se quitaban los calcetines de seda y las finas sandalias, se veía a los otros, a los que siempre van descalzos de pie y pierna. El viejo hablaba para todos; en una ocasión empezó así:



# EL NIÑO QUE QUERÍA SER REY

*A Ricardito, el sobrino amado desde antes de conocerlo.*

Este era un niño que quería ser rey. Desde muy pequeño andaba a vueltas con **el mismo pío pío**: «Yo quiero ser rey, yo quiero ser rey». Por supuesto que al principio lo decía en esa enrevesada media lengua que usabais vosotros no hace muchos años, aunque no lo creáis o aparentéis no creerlo, y que ahora empleáis con el amable fin de hacer rabiarse a vuestros hermanillos menores, remedándolos; pues, como os contaba, el chiquitín lo decía y lo repetía en su media lengua y todos se reían; pero conforme fue creciendo y hablando tan claro como esta morenita que me oye muy seria o como aquel **zagalón** o como yo o como un diputado de los parlanchines, y con achaque de esto o de lo otro, salía con la consabida cantaleta, la familia empezó a preocuparse y los amiguitos a reírse del nene. ¡Valientes guasones los tales amiguitos!



¿Pero a santo de qué se habría metido semejante idea en la cabeza rubia y con frecuencia despeinada de Chito? ¿Que si de veras se llamaba Chito averiguas, preguntona? ¡Vaya! Tan de veras como tú te llamas Elita, aunque en la pila te pusieron Isabel. A este le pusieron Napoleón; ¡no era nadie su padrino escogiendo nombres! Le pusieron Napoleón; como era chiquitín le nombraban Napoleoncito, y como su hermanilla, que le llevaba dos años y no podía decir una cosa tan larga y tan difícil le llamaba Chito, ahí tenéis que Chito se quedó.

Conque ¿de dónde le venía a Chito el antojo de ser rey? Opinaban unos que la culpa la tuvo su nodriza, pues nunca supo decirle otra tontería cariñosa que rey del mundo; y si era a media noche, cuando el angelito daba en la flor de desvelarse y berrear, la infeliz, como si le dieran cuerda, repetía incesantemente: «Cállate, rey del mundo. Duérmete, rey del mundo».

Otros juzgaban que los cuentos de la abuela eran los causantes de la majadería del niño. (En aquella casa no era el abuelo, sino la abuela quien contaba cuentos). La buena señora sabía muchos y todos de reyes: el rey valiente, el rey hermoso, el rey millonario, el rey sabio, el rey adolescente, el rey caritativo, el rey justo, el rey risueño ... uf ¡la mar! Y claro, Chito, con estos cuentos, se imaginó que para tener belleza, valor, dinero, ciencia, virtud y alegría bastaba con ser rey y mareaba a todo el mundo con el pío pío: «Yo quiero ser rey, yo quiero ser rey».

«Hombre, cambia de registro —le dijo una vez un tío suyo—. Di siquiera por variar: quiero ser emperador; para algo te llamas Napoleón».

Chito miró a su tío sin tomarse la molestia de responderle ni la de sacarse de la boca el dedo que se estaba chupando. ¡Emperador, emperador! ¿Sería bobo o sordo el tío? ¿Todavía no se había enterado de que lo que él quería era ser rey?

Los amiguitos sí se habían enterado, y eso les daba pie para burlas y querellas. ¿Que jugaban al toro? Pues saltaba alguno: «Bueno, Chito no puede ser ni toro ni torero; él es el rey; a sentarse solito en su piedra que será el palco real» y vengan risas y empujones y sacarle la lengua a su majestad. ¿Que jugaban al colegio? Pasaba otro tanto. Los muy granujas aseguraban que, por sus altas pretensiones, Chito era mucho para alumno, y en cuanto a ser maestro, menos. ¿Cuándo se ha visto a un rey ser maestro de algo? Eso sí, cuando jugaban a los soldados, reclamaba Chito sus preeminencias; por derecho propio le tocaba ponerse a la cabeza del ejército; tenía razón, pero no faltaba algún insolente que chillara: «No me da la gana de que mandes tú siempre» y, pin pan, ahí va un **cachete**, y aquí te atizo un metido, y chúpate ese **mamporro**, se ponían verdes el monarca y los vasallos.

Vosotros diréis que eran unos niños muy malos; bueno, pero no me negaréis que Chito se ponía pesado con la matraca de que quería ser rey. Su papá solía

enfadarse. «¡Cállate, imbécil!», le gritaba. Hacía mal el papá, porque a los niños no se les debe decir esas cosas; pero el pobre perdía la paciencia. Otras veces se ponía serio y medio tristón: «¿Serás idiota, hijo mío?», preguntaba al chicuelo, mirándolo fijamente.



La madre no le llamaba imbécil ni idiota, dulcemente procuraba hacerse entender: «No digas eso, hijito —le aconsejaba—, ya no eres un chiquitín, ya estás en edad de comprender que para ser rey hay que ser hijo de reyes; ni tu papá ni yo lo somos. ¿Tú querrías no ser hijo mío con tal de ser rey?».

No; Chito no quería eso, pero sí le gustaría que su mamá fuese reina. Qué bonita estaría con una corona de brillantes sobre su lindo pelo y un gran manto dorado.

«Vamos, veo que porque no soy reina me quieres menos», dijo la mamá.

Chito le dio muchos besos para convencerla de su error; en realidad era un buen chico y amaba a su madre sobre todo en el mundo, más que a su libro de estampas, más que a su **velocípedo**, más que al hermano chiquitito, que a veces le permitían llevar en brazos y hasta más que a su empeño de ser rey. Por no resentir a su madre, pasó mucho tiempo sin volver a decirlo; pero entre tanto, estudiando historia en la escuela, descubrió que no todos los que han reinado han sido precisamente hijos de reyes. Una noche en la mesa, a la hora de los postres, se lo comunicó muy contento a sus papás. «Acordaos de Saúl y de Numa Pompilio», terminó con el índice en alto.

«Decididamente, este niño es idiota», exclamó el papá, y, dando un portazo, salió del comedor para marcharse al casino.

Chito se sintió tan humillado y tan afligido que, echándose de bruces sobre la mesa, soltó el llanto y ni siquiera quiso acabar sus postres. Menos mal que ya había limpiado el plato de dulce y en el de la fruta solo quedaban tres o cuatro uvitas en el racimo mocho. Su mamá le secó las lágrimas, lo llevó a la camita, y después de rezar con él y besarlo, se fue, recomendándole que se durmiera pronto.

Chito se durmió y soñó. Soñó que se hallaba sentado en un trono resplandeciente, con una corona de pedrería en la cabeza, el cetro en la mano y envuelto en una túnica adornada de armiño; guapísimo estaba; parecía un rey de baraja; solo le extrañaba no verse en un salón magnífico rodeado de guardias y chambelanes; las gradas de su trono se elevaban en una praderita tapizada de hierba; de pronto en esta pradera empezaron a surgir árboles, por cuyos troncos subían hiedras y jazmines y campanillas y rosales en flor y claveles y lirios y azucenas y cuanto Dios crió en materia de flores. Y las flores hablaban; las unas inclinando sus largos tallos como si hicieran una reverencia, aquellas asomándose curiosas entre las matitas verdes, las magnolias, orgullosas desde la altura del árbol frondoso, todas, todas hablaban y decían a Chito: «Señor, tú eres nuestro rey; tienes derecho de vida y muerte sobre nosotras; cuanto tenemos es tuyo: la sombra de los árboles donde brotamos, el apoyo de sus troncos, la miel de nuestras corolas, la alfombra de nuestros pétalos, nuestros perfumes y nuestros colores; todo es tuyo; pero protége-

nos, señor, defiéndenos de nuestros enemigos». Chito se puso de pie y llevó la mano al cinto donde creía tener un acero toledano con la empuñadura empedrada de rubíes; pero al desenvainar la espada vio que era la misma de hoja de lata que el día de su santo le regalaron en un cartón junto con un *képi* y una cartuchera; se hizo el desentendido y la blandió varias veces en el aire para alentar a sus vasallos; luego volvió a sentarse y se entretuvo con el canto de un ruiñeñor, que también debía ser súbdito suyo, puesto que en la copa de uno de sus árboles trinaba; en esto oyó a sus pies como si sollozaran bajito, como si se quejasen muy quedo; descendió del trono y empezó a buscar; nada encontraba; al fin, separando unas hierbas altas, vio unas violetas casi marchitas. «Señor —le dijeron con una vocecita como un suspiro—, te olvidaste de nosotras y no viste crecer en tomo nuestro estas malas hierbas que nos han ahogado—, y las pobres violetas doblaron sus cabecitas mustias». Chito, colérico consigo mismo y con las hierbas, arremetió contra ellas segándolas a mandobles o arrancándolas a puñados, como podía; pero en esto, de un rosal vecino una voz quejumbrosa clamó: «¡Señor, auxílianos, que unas hormigas negras nos devoran!». Corrió Chito al rosal y lo encontró plagado de bichos asquerosos; empezó a matarlos y por cada uno que aplastaba salían lo menos tres; aunque le picaban, seguía valientemente en su tarea destructora y, de seguro, habría dado fin con ellas, a no interrumpirlo unas azucenas suplicándole: «¡Señor, agua



por piedad, ni una sola vez nos han regado; nos morimos de sed!». Voló Chito hacia un arroyo que no lejos del trono había visto; pero durante el camino hicieron coro los quejosos tulipanes, jazmines, claveles, jacin- tos y hasta el ruiseñor que se balanceaba en la rama de una acacia, formando algarabía tal que el monarca, agarrándose a dos manos la cabeza, pensó que lo más cuerdo era llegar a su augusto sitio, y allí sentadito, idear un plan salvador; más, ¡ay!, el trono había desaparecido y al encontrarse sin él sintió Chito una pena tan grande que la misma angustia lo despertó.

Como aquella mañana no tenía colegio, se la pasó vagando por la casa, callado y cabizbajo; su mamá lo llamó a solas para preguntarle qué le ocurría; entonces le refirió su sueño de la noche anterior, y como, por angas o por mangas, siempre volvía con su pleito, terminó el relato con esta reflexión: «*Mi historia sagrada* dice que los faraones siempre se hacían explicar sus sueños; ya ves qué bien interpretó José, ese de las siete vacas gordas y las siete vacas flacas. ¡Caramba! ¡Yo quiero ser rey!».

La madre, riéndose, contestó: «Por eso no lo hagas, pues yo te voy a explicar tu sueño; solo es preciso que me oigas con mucha atención para comprender bien». Chito, que estaba sentado en el mismo sofá que su madre, se arrodilló delante de ella y apoyó los codos en su falda y la barba en las manos para escuchar mejor; yo creo que a la mamá la molestarían un poco los co-

ditos del muchacho; mas como no lo dijo, continuaron en la misma posición y ella habló así: «Tú dices continuamente: yo quiero ser rey; pues anoche lo has sido y solo de ti depende serlo mientras vivas. Esa pradera que dominabas desde el trono es tu alma, y los árboles, las plantas y las flores de la pradera son las buenas cualidades que Dios puso en ti y que, cuando te portas bien, van creciendo y hermo­seando; si no las riegas, se secan como las azucenas de tu sueño; si las descuidas, se las comen las hormigas negras o las ahogan las hierbas viciosas, es decir, la mentira, la envidia, la hipocresía, la ira y otras muchas cosas muy malas que, desgraciadamente, no solo conoces, sino haces. Por ejemplo, cuando riñes con tus hermanos y les pegas, es como si las hierbas malas ahogaran el cariño que les tienes; cuando has roto algo y dices: «No fui yo, sino Fulano», dos bichos feos, la mentira y la cobardía, se han metido en ti; cuando piensas: «esta tarde iré donde la vecina tullida, pues siempre me ruega que la visite» y llegada la hora dices: «No estoy para viejas, prefiero jugar», dejas marchitarse, por falta de riego, una hermosa intención. ¿Me entiendes? Eres rey, lo somos todos. Dios, al mandarnos a este mundo, nos hace soberanos de nuestras personas, de nuestras vidas; pero si dejamos que el mal se apodere de nuestro reino, esto es, de nuestra alma, en el momento menos pensado nos hallamos sin trono, como te pasó a ti en sueños anoche. Ahora ya puedes comprender que tienes un reino de verdad; todo está en saber ser rey».

Calló la mamá, y Chito, apoyado en su regazo, se estuvo mirándola un buen rato; luego se puso de pie, y, esta vez con la seriedad de un hombre serio, repitió su estribillo: «Mamá, yo quiero ser rey».